

## **DISCURSO DE CONTESTACIÓN A JOSEFA BLANCO PAZ**

JESÚS CARROBLES SANTOS  
Director

Excelentísimos e ilustrísimos académicos. Señoras y Señores. Hace algo más de cien años, un grupo de personas interesadas y comprometidas con nuestra ciudad fundaron la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo. Entre sus veintiún fundadores destacó la presencia de importantes arquitectos, en concreto de Juan García Ramírez y Ezequiel Martín Martín, que dejaron muestras de su buen hacer por la ciudad y la provincia. Al primero se deben edificios tan destacados como el Mercado de Abastos, el cementerio de Nuestra Señora del Sagrario o la popular Venta de Aires. Al segundo le corresponde la autoría del historicista y llamativo ayuntamiento de Mora y de buena parte del proyecto del actual palacio de la Diputación Provincial, en colaboración con el quintanareño Agustín Ortiz de Villajos.

Su mera presencia muestra que la arquitectura fue considerada como disciplina necesaria en la institución que acababa de nacer. A ello se debe, sin duda, que el primer académico electo de esta institución, Álvaro González Saz, fuese arquitecto y que su discurso, pronunciado en 1918 con el título «Orientación de la arquitectura local», tuviese el méri-

to de ser el comienzo de una cadena cuyo último eslabón es el que acabamos de disfrutar hace unos minutos.

Esta preocupación por la arquitectura tuvo continuidad a lo largo del tiempo, gracias a la presencia de diferentes profesionales que siempre se distinguieron por la aportación de su conocimiento a la hora de conservar, dar forma y ordenar el espacio en el que vivimos. Es el momento de recordar a compañeros tan queridos como Pedro Vidal, José Gómez Luengo o al aún añorado Juan José Gómez-Luengo. También de agradecer la labor realizada por Guillermo Santacruz, que es el primero de los miembros del pleno de la institución por orden de antigüedad, gracias a una dedicación que está próxima a cumplir los cincuenta años como académico numerario.

No cabe duda, por lo tanto, del valor que esta Real Academia da a todos aquellos que, como decía Antonio Gaudí al hablar de su profesión, son hombres (o mujeres, añadimos nosotros) sintéticos, esto es, capaces de ver las cosas en conjunto antes de que estén hechas.

De su trabajo depende una parte importante de la conservación de nuestro Patrimonio, pero también, y de ahí su importancia, la capacidad de crear espacios y convertirlos en los escenarios cotidianos en los que discurre nuestra vida. Su función es fundamental en una sociedad moderna y desarrollada como es la nuestra, independientemente de la situación compleja por la que hoy atraviesa la profesión, como consecuencia del estallido de una crisis que se ha identificado con el ladrillo y, de paso, con los técnicos encargados de hacer que éstos se coloquen con orden y concierto. Una situación difícil, que también parte de la simplificación que sufre nuestra sociedad, más preocupada por cumplir expedientes administrativos, imprimir rapidez a sus obras o ajustar presupuestos que de procurar conseguir la calidad de las cosas con el fin de hacer un mundo mejor.

Es por ello por lo que consideramos que es el momento oportuno para reivindicar la arquitectura y la figura del arquitecto. Para demostrarlo, nada mejor que incorporar a una nueva profesional de este campo a nuestra Real Academia.

Ella será la encargada de dar la razón a autores como Teodoro de Ardemans, maestro mayor de las obras de la catedral toledana a finales del siglo XVII y responsable de la finalización de las obras del Ayuntamiento de Toledo, en concreto de la construcción de sus dos grandes torres barrocas, que cierran el conjunto y dotan de mayor monumentalidad al inmueble. A nuestro antiguo vecino se deben opiniones tan claras y comprometidas sobre la importancia de su disciplina como es esta: «Ha sido siempre y es la arquitectura arte noble, liberal y prestantísima, y de las más útiles de las repúblicas: ella distinguió de los brutos a los hombres, que, viviendo en las selvas, experimentaban sin piedad la maldición del Paraíso».

De los responsables de esta revolución civilizadora dijo:

«Debe el arquitecto ser muy aplicado y de muy buena disposición, así en el ánimo como en el cuerpo, acompañándole un ingenio muy perspicaz para el conocimiento y comprensión de su ministerio, previniendo los accidentes, que puedan resultar, discurrendo siempre la materia más conforme, y a tiempo: necesita ser muy advertido, con viveza en sus movimientos, para no omitir diligencia alguna: También es necesario mandar con severidad para ser obedecido; pero con agradable y amorosa explicación, buscando siempre términos adecuados para darse a entender; y después de acompañarle un ánimo generoso y una teórica muy audaz, conviene, como dice Vitrubio en el capítulo primero, sea fiel y poco avaro, sustentando su dignidad con buena fama. Conviene también que los arquitectos tengan noticia, si no por menor, a lo menos por mayor, de la Filosofía para el gobierno de las cosas naturales, en que se les ofrecerán muchas cuestiones entre partes, tanto para recibir beneficio, cuanto para excusar el daño. Y también conviene, que tengan noticia de la música, para saber qué es consonancia y organización de las cosas. Que sepa con precisión y muy por menor Matemáticas y dibujo, pues estas son las bases fundamentales sobre que se funda esta ciencia.

Necesita tener noticias de la Medicina, para la comprensión de los sitios saludables de los edificios, lugares y casas de campo (...).

Debe el arquitecto leer libros que traen algunos puntos, así de hecho como de derecho, por ser muy necesario para las ocasiones que es nombrado por diferentes interesados, los cuales se comprometen en su dictamen (...).

Y así, el que se hubiese de titular arquitecto debe ser muy generalmente acompañado de las prendas necesarias para el conocimiento de todas las materias concernientes a la Arquitectura (...).

Pues bien, esas prendas que enumeraba nuestro maestro, e incluso alguna más, son las que esta Real Academia ha encontrado en Josefa Blanco Paz, que pasa a disponer de la medalla XIX, que en su día portaron artistas tan destacados y recordados como Buenaventura Sánchez Comendador, Tomás Camarero o nuestro pintor de Urda, Cecilio Guerrero Malagón.

Sus méritos son más que evidentes. De manera necesariamente breve hay que decir que realizó sus estudios de arquitectura en las escuelas de Valladolid, Madrid y Toledo. También, que disfrutó de importantes becas de formación en la Facultad de Arquitectura de Milán, en Italia, así como en la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Ginebra, en Suiza. Su aprendizaje lo complementó, además, mediante su colaboración con algunos de los estudios de arquitectura más prestigiosos de nuestro país. Me refiero a los de Mansilla y Tuñón entre 1990 y 1993, el de García de Paredes y, muy especialmente, el de nuestro paisano y gran profesional recientemente desaparecido, Manuel de las Casas, entre 1993 y 1994.

Su capacidad de trabajo y buen hacer han quedado reflejados en la realización de importantes proyectos en colaboración con José Ramón de la Cal, al que, también en la medida que corresponde, queremos reconocer en este acto. Nos referimos a obras tan emblemáticas y destacadas como son la actual Consejería de Educación, Cultura y Deporte, la adecuación de la sede del Consorcio de la ciudad de Toledo o las re-

habilitaciones del Baño del Ángel y de las cubiertas y sacristía de la iglesia del Hospital de Afuera. También es autora de los proyectos para albergar el anhelado Espacio Tolmo en el Oratorio de San Felipe Neri o del Centro Sanitario de Azucaica que, sin duda alguna, se convertirá en la principal seña de identidad monumental de esta barriada.

En relación con el urbanismo, cabe destacar su participación en la redacción del P.A.U. Airbus Illescas, el proyecto de recuperación del paisaje del paseo del Carmen en Toledo, el de singular interés del Barrio Avanzado para Santa María de Benquerencia, en colaboración con Jean Nouvel, o el del remonte mecánico del Miradero-Safont, con Rafael Moneo.

Tanto y tan buen trabajo ha sido reconocido en múltiples y destacadas ocasiones. Basta con decir que las viviendas de protección oficial que diseñó para Yuncos y la sede de la citada Consejería de Educación, Cultura y Deporte fueron incluidas por el prestigioso Foro Civitas Nova entre las veinte mejores obras realizadas en Castilla-La Mancha entre 1982 y 2006, o que las primeras fueran distinguidas con el premio a la Mejor Obra de Vivienda pública por los Premios Antológicos de Arquitectura, Territorio e Identidad en Castilla-La Mancha. También que las mismas viviendas, la citada consejería, el Aula Infantil del Colegio Público de la Fábrica de Armas y la Casa Mínimo de Bargas, fueran incluidas por la Comunidad Europea entre los 36 edificios de interés catalogados en el proyecto «La arquitectura del siglo XX en España».

Siguiendo el capítulo dedicado a los reconocimientos, destacamos la concesión del Primer Premio de Arquitectura de Castilla-La Mancha en 1998 y de nuevas y destacadas distinciones en este mismo certamen en las convocatorias de 1999, 2001 y 2005. Para no alargar en exceso esta parte del discurso, sólo señalaré que su obra también ha sido distinguida por el Royal Institute of British Architects, los ayuntamientos de To-

ledo, Talavera de la Reina, Torrijos y Miguel Esteban, el Colegio Oficial de Arquitectos de Castilla-La Mancha y las consejerías de Educación, Cultura y Deporte, y de Vivienda y Urbanismo, de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha.

Sus méritos no acaban aquí, ya que su obra ha sido reproducida y estudiada en numerosas publicaciones y catálogos. Además, se ha interesado por el campo de la investigación y ha dado lugar a la publicación de diferentes artículos en obras colectivas y en prestigiosas revistas de arquitectura e investigación histórica. Citamos tan sólo cabeceras tan reconocidas y destacadas como *Archivo Secreto* o la *Revista Europea de Investigación en Arquitectura*.

Su capacidad de trabajo en el pasado ha sido, por lo tanto, más que evidente. Centrémonos ahora en su presente a través del estudio del discurso de ingreso que acaba de pronunciar. En él nos propone un sugerente viaje por la arquitectura del siglo XX en Toledo, que plantea interesantes temas de debate para el futuro. Nos referimos, en primer lugar, a la importancia que Josefa da al viaje en relación con el aprendizaje, coincidiendo en ello con el planteamiento de Marcel Proust, cuando consideraba que la importancia del viaje no residía en la capacidad que posibilitaba de acceder a la contemplación de nuevos elementos, sino en la generación de nuevas maneras de ver.

En este empeño coincide con uno de los pilares básicos de la Institución Libre de Enseñanza, encargada de modernizar la pedagogía en nuestro país a finales del siglo XIX y de convertir a Toledo en referencia necesaria para numerosos estudiosos nacionales e internacionales. Sin ella no podríamos entender figuras como la de Manuel Bartolomé Cossío, responsable de la recuperación internacional de la figura del Greco.

Pues bien, a través del discurso titulado «De camino a la modernidad. Notas de un viaje» hemos podido comprobar la importancia que nuestra nueva académica da a esta manera de

aprender, al destacado papel que tiene el viaje en la evolución de la arquitectura y, lo que es más importante, a la trascendencia que todo ello ha tenido en la configuración más reciente de la ciudad de Toledo, que, considero, es el asunto clave de todo lo expuesto y del que, por lo tanto, paso a ocuparme.

De los datos y razonamientos dados a conocer destaco solo el reconocimiento dado a la increíble capacidad mostrada por una ciudad pequeña, como era la nuestra a comienzos del siglo XX, para buscar la misma calidad y originalidad que había caracterizado a sus mejores edificios en opulentos siglos pasados. En unos y otros comprobamos la adecuada gestión realizada de la ciudad durante siglos y la conveniencia de crear cuidadas piezas que completan y aportan valor a su siempre inacabado conjunto monumental.

Así expresado, la lección que recibimos de algunos de nuestros mejores arquitectos del siglo XX es que hay que conservar el pasado de la mejor manera posible. Pero, también, que es preciso gestionar cada presente huyendo de las fosilizaciones que crean falsos históricos o decorados más o menos agradables, pero que carecen de vida y por lo tanto de verdad. Nuestra autora lo expresa perfectamente y por ello no nos lleva a un debate entre el pasado y el presente, sino al que enfrenta lo bueno con lo malo. Sobra decir cuál es su elección.

Todo ello nos lleva a la conclusión final, que no es otra que la necesidad de primar la calidad en cualquier nueva edificación de Toledo, gracias al buen hacer de nuestros nuevos arquitectos. Serán ellos, con la opinión de los demás, los encargados de imaginar esos nuevos y necesarios edificios, que tendrán que integrarse en una de las ciudades más bellas y destacadas del viejo mundo, como es Toledo. A Josefa y a sus compañeros les corresponde llevar la contraria a todos aquellos que todavía coinciden con el desaparecido poeta brasileño Mario

Quintana, cuando decía que lo más triste de la arquitectura moderna es la resistencia del material con la que se construye.

Al menos en Toledo y gracias a los ejemplos que acabamos de oír, somos muchos los que esperamos que los materiales contemporáneos sean tan duraderos como algunos suponen y nos ayuden así a conservar edificios tan destacados como la Estación de ferrocarril, el Hospital Provincial, la Universidad Laboral o la Consejería de Agricultura. Todos ellos aportan y ofrecen nuevas señas de identidad a una ciudad que tiene muchas, pero necesita crear para seguir viva.

Gracias, Josefa, por recordarlo y por integrarte en esta institución en el momento en el que inicia su segundo centenario. Tu capacidad de trabajo y el discurso realizado constituyen un magnífico ejemplo de la importancia que das a tu disciplina y, también, todo hay que decirlo, de lo mucho que esta Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo puede y debe ofrecer a la ciudad y a su provincia en pleno siglo XXI.

Muchas gracias.